

LITERATURA E HISTORIA: LAS CONTRADICCIONES IDEOLOGICAS DE LA FICCION INDIGENISTA*

Joseph Sommers

Nos proponemos examinar aquí, desde el punto de vista de su implicación ideológica, tres novelas harto disímiles pero de temática homogénea, puesto que las tres se inscriben dentro de lo que se ha dado en llamar el "indigenismo literario": *Tomochic*, de Heriberto Frías (1893); *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno (1937); y *Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos (1962). Tal vez pudiera parecer una tarea convencional proponerse esto en los años setenta; en verdad así lo sería si no estuvieran en disputa una serie de problemas nuevos y contemporáneos.

El presente estudio puede entenderse como un esfuerzo más encaminado a dar satisfacción a la demanda, ya insistente en muchas áreas de la investigación mexicana, acerca de una necesaria e impostergable "valoración crítica". Ha de verse en ello una consecuencia natural más de aquel episodio traumatizante y aleccionador de Tlatelolco, en 1958, cuando la brecha abierta entre el mundo de la investigación y la realidad inmediata de México quedó en evidencia de manera dramática. Hasta cierto punto análisis semejantes iniciados en los Estados Unidos, tuvieron su origen en similares fenómenos sociales que se prolongaron hasta 1970, y llevaron a cuestionar el papel en sí de la academia.

Un derivado importante de tal cuestionamiento ha sido la necesidad de llevar a cabo un enfoque crítico literario diferente.

Al escribir hoy acerca de la novela, uno puede señalar que ha sido un género privilegiado, asequible principalmente a la burguesía y en buena medida absorto en los gustos, las frustraciones y las aspiraciones de esta clase. En el caso específico de la interpretación artística de temas indios, la novela no es la única de las formas que hay que tener en cuenta. El cine por ejemplo ha llegado a ser mucho más conocido que el arte muralista, la poesía o la ficción, alcanzando a públicos más amplios y variados.

* En el n. 7-8 de esta revista se publicó el artículo de Sommers "Forma e ideología en *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos", que constituye la III parte del estudio que ahora publicamos.

Las películas que versan sobre temas indios han oscilado entre dos tendencias. La primera, derivada tanto del romanticismo como del liberalismo utópico y el nacionalismo cultural más reciente, se ha preocupado de glorificar, poetizar y espiritualizar al indio, exotizándolo hasta el extremo. Casi sin excepción, las películas de este tipo vienen condimentadas con actitudes redentoras y de protesta social, pero su paternalismo tiende a socavar cualquier efecto de esta clase. La otra tendencia, derivada de anteriores interpretaciones culturales del indio (ya como salvaje, ya como bárbaro, ya como inadaptable al progreso y la civilización), tiende en la actualidad a conferirle las cualidades de paria, convirtiendo su dialecto en un estereotipo y en un objeto cómico. Especialmente irónico es el hecho de que muchas películas de importancia basadas en relatos de temática indígena, hayan realizado la adaptación acentuando el aspecto místico y estereotipante de los temas. Un buen ejemplo de lo que decimos lo constituye el film *Raíces*, el cual está inspirado en los cuentos de Francisco Rojas González. Además, cuando los mismos novelistas han escrito guiones o producido películas (Mauricio Magdaleno y Carlos Fuentes, por ejemplo), los resultados cinematográficos no han sido diferentes de los ya señalados. Aunque las páginas que siguen tratan de novelas, se ofrecen al lector con la advertencia de que la ficción narrativa constituye sólo una de las formas artísticas que, en su conjunto, son responsables de la imagen que del indio se tiene en México.

Hasta ahora los estudios críticos que se han interesado en la ficción indigenista, por ejemplo los de Concha Meléndez¹, referidos al siglo pasado, o los de César Rodríguez Chicharro² en lo que hace al presente, exhiben cierta uniformidad característica. A saber, la tendencia a ser descriptivos, a preocuparse por cuestiones clasificatorias, como la del deslinde entre “indianismo” e “indigenismo”, o aquella del contraste entre una modalidad romántica y otra realista, y, sobre todo, a concentrarse en ver cómo han interpretado los novelistas “el problema del indio”, sea que esto se haga a través de un enfoque en el pasado legendario, la singularidad cultural, la explotación económica o el conflicto político. El supuesto subyacente en todos estos estudios es que el novelista o cuentista, dotado de alguna intuición analítica y objetiva puede, *ipso facto*, nada más que gracias a una selección de los materiales y/o a una intención benevolente, develar la verdad y afectar al conjunto social.

Nuestro propósito es mirar de cerca algunos de los mismos textos, pero no viéndolos como una literatura que interpreta “lo indio”, sino como obras que a través de la presentación de personajes y grupos indios, revelan la actitud y el sistema de valores del escritor al dirigirse a la sociedad global. Así, el tema puede ser el del indio, pero el asunto verdadero en cuanto a su enfoque, a sus categorías de entendimiento, a su visión del significado del tema y su percepción de las posibles soluciones a su problema, es el del México dominante.

1. Concha Meléndez: *La novela indianista en Hispamérica*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1961.

2. César Rodríguez Chicharro: “La novela indigenista mexicana”, en: *Estudios literarios*, Jalapa, Universidad Veracruzana, 1963; pp. 93-150.

Tal evaluación de ninguna manera tiene que empezar de cero. Por el contrario, hay obras tanto de historia como de antropología y crítica literaria, mexicanas, latinoamericanas y europeas que bien pueden servir de base. Me refiero a los estudios históricos de Villoro, Córdova, Gilly, Cockcroft, Spicer y Favre³; a la información antropológica que nos proporcionan textos como los de Gamio, Pozas, Nolasco, Warman, Guiteras Homes, Bonfil y Othón de Mendizábal⁴; y, en lo que concierne a las formulaciones literarias, a un grupo variado de académicos en donde habría que mencionar a los teóricos de la dependencia, al iconoclasta Carlos Monsiváis, y a diversos críticos orientados hacia la sociología como Jean Franco, Carlos Blanco y Angel Rama.

Los supuestos de base son varios. Primeramente, que el proceso histórico de Latinoamérica es un récord de conflictos de clase y apetitos imperialistas, en donde las fuerzas sociales en disputa produjeron, en aras de tal o cual posición, justificativos culturales ya sea en la forma de proclamas, periódicos, editoriales, o bien, a través del camino de la ficción narrativa. (Un ejemplo interesante a este respecto, en cuanto literatura ideológicamente justificadora, que merece por lo

3. Las siguientes referencias son sólo puntos de entrada en lo que en la mayoría de los casos constituye un vasto campo de investigación. Tal vez debería hacer notar que Spicer y Favre me fueron más útiles por sus discernimientos históricos que aquellos de carácter antropológico. Luis Villoro: *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Colegio de México, 1950. Arnaldo Córdova: *La formación del poder político en México*, México, ERA, 1972; e *Ideología de la Revolución Mexicana*, México, ERA, 1973. Adolfo Gilly: *La revolución interrumpida*, México, Ediciones El Caballito, 1971. James Cockcroft: *Los precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, México. Edward H. Spicer: *Cycles of Conquest*. Tucson, University of Arizona, 1962. Henri Favre. *Cambio y continuidad entre los mayas de México*. México, Siglo XXI, 197 .

4. Aquí de nuevo sólo cito una o dos contribuciones de cada investigador salvo en el caso de Othón de Mendizábal cuya *Obra completa* es posible de consultar afortunadamente. Otras fuentes de investigación de importancia secundaria o derivada serán igualmente citadas. Manuel Gamio: *Indigenismo*. México, INI, 1958; y *Arqueología e indigenismo*. México: SEP-Setentas, 1972. Ricardo Pozas A.: *Chamula: Un pueblo indio de los altos de Chiapas*, México, INI, 1959, y *Los indios en las clases sociales en México* escrito en colaboración con Isabel H. de Pozas, México, Siglo XXI, 1971. Arturo Warman, Guillermo Bonfil y Margarita Nolasco A., todos contribuyeron con ensayos al importante volumen *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970. El ensayo de Warman está titulado "Todos los santos y todos difuntos", pp. 9-38; el de Bonfil significativamente es llamado "Del indigenismo de la revolución a la antropología crítica", pp. 39-65; y el de Nolasco "La antropología aplicada en México y su destino final: el indigenismo", pp. 66-93. Calixta Guiteras Holmes: *Los peligros del alma*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965. Miguel Othón de Mendizábal: *Obras completas*, México, 1946. Otra muestra del proceso reciente de auto-examen crítico emprendido por la antropología mexicana, se encuentra en la mesa redonda dirigida por Agustín Romano y publicada bajo el título de "¿Nueva tendencia ideológica de la antropología mexicana?", *Anuario Indigenista*, XXX, dic. 1970, pp. 75-100; en este mismo volumen puede leerse el polémico debate entre Angel Palerm y Gonzalo Aguirre Beltrán "Indigenismo en México: Confrontación de problemas", pp. 277-306; indicamos también el libro de Alejandro Marroquín: *Balance del indigenismo*, México, INI, 1971, y una serie iluminadora de reportes periodísticos compilados por Gonzalo Aguirre Beltrán: *¿Ha fracasado el indigenismo?*, México, SEP-Setentas, 1971.

demás un nuevo examen y que toca temas indios, es toda esa literatura de cautiverio en sus más diversas manifestaciones). Un segundo supuesto, corolario del anterior, es que es importante ver la literatura dialécticamente. Es decir, las implicaciones ideológicas de una obra literaria pueden ser francamente contradictorias en vez de homogéneas, constituyendo una respuesta, directa o indirecta, a las tensiones y contiendas de su momento histórico. Esto, por cierto, no significa postular la noción aquella según la cual, para entender la obra, bastaría con conocer la dinámica del momento histórico, del cual el texto literario no sería más que una mera proyección. Una de las hipótesis de este estudio es que el examen de diferentes obras de períodos igualmente distintos, hecho desde el complejo punto de vista que incluye consideraciones sobre la dinámica socio-histórica, el clima intelectual, la tradición literaria y aspectos formales distintivos, mostrará que los autores, en algunos casos, produjeron obras que servían como validación literaria de ideologías dominantes retrógradas, mientras que en otros la literatura, lejos de ser una proyección, constituía un modo de desafío crítico.

Otro de nuestros supuestos —que será ya obvio— es que las percepciones ideológicas informan la obra literaria, de ordinario, más allá de la conciencia, a veces a pesar de la intención del autor. Finalmente, nuestro propósito será mostrar que esas percepciones ideológicas son, a lo menos en parte, afectadas por las características formales de la obra.

¿Cuáles pueden ser, entonces, los énfasis ideológicos principales en tres novelas de temática indígena, escritas en momentos históricos distintos y por autores que no eran ni mucho menos indios, sino que provenían de la sociedad mexicana dominante? Esta es la pregunta central del presente estudio. Siendo quien escribe norteamericano, esto es de considerable interés para mí puesto que puede ayudarme, comparativamente, a echar luz sobre la narrativa norteamericana. Más que México, los Estados Unidos tienen una densa historia represiva y discriminatoria con respecto a los grupos indios, quienes (sí, siempre ha de ser necesario recordarlo) fueron los primeros habitantes de lo que ahora es el suelo patrio. Como México, los Estados Unidos han tenido una serie de novelistas que han escrito acerca del indio desde una u otra faceta de la compleja perspectiva de la sociedad dominante, desde el muy leído James Fenimore Cooper hasta el muy contemporáneo Carter Wilson.

J

Tomochic (México 1893-5)⁵ de Heriberto Frías, presenta problemas tanto para el crítico literario como para el historiador. Su publicación vino después

5. Hemos manejado la quinta edición, que es la última de las ediciones sucesivamente ampliadas publicadas por Frías durante su vida. Apareció en 1911, en México y París, impresa en esta última ciudad por la Librería de la Vda. de Ch. Bouret. Como introducción trae un artículo de ocho páginas, "La novela nacional", del Lic. José Ferrel, fechado en 1906. Todas nuestras citas corresponden a esta edición de 1911.

de medio siglo de novelas indianistas, como por ejemplo las de Eligio Ancona, la mayoría de las cuales narraban el pasado remoto y tendían a ennoblecen al indio no contemporáneo. Algunos de estos novelistas, según ha señalado Concha Meléndez y otros, servían a los grupos criollos, liberales y conservadores recién llegados al poder; los que luego de la independencia necesitaron desarrollar, a corto plazo, una historia nacional y un pasado “clásico” que los distinguiera de Europa. Básicamente, estos criollos pertenecían a los sectores sociales que a través del siglo XIX realizaron una sistemática y devastadora usurpación de las tierras indias, especialmente las comunales. En este sentido, la serie de novelas románticas de temática indígena, tendían aparentemente a glorificar el pasado indio, pero, ideológicamente, al ignorar la realidad mexicana de su tiempo y al dar una visión conveniente y simplificada de la historia nacional, sirvieron de baluarte cultural precisamente para esas mismas clases sociales que estaban entonces despojando al indio.

Tomochic, aunque no completamente libre de las formas y tono románticos, poco tiene en común con las novelas indianistas estudiadas por Concha Meléndez. Su filiación, en términos de historia literaria, es la novela realista introducida sólo unos pocos años antes por escritores como Emilio Rebas, y que respondía a las necesidades y miras del porfiriato. Situada cronológicamente en 1892, *Tomochic* no conlleva ninguna visión áurea, ninguna magnificencia india. Por el contrario, en cuanto el narrador encuentra rasgos positivos en los aldeanos del apartado Chihuahua, al punto niega que sean indios(!).

El hecho de que Frías con frecuencia sea llamado antiporfirista y que fuese perseguido por el gobierno de Porfirio Díaz⁶, no debería obligarnos a preestructurar nuestro examen de sus valores en el contexto del clima intelectual de los años noventa del siglo pasado. Este clima reflejaba la presión tanto del liberalismo heredado como del positivismo oficial, que venía a manifestarse en una disposición favorable hacia la “modernización” y el cambio tecnológico, por cuanto México estaba pasando, durante el porfiriato, aquella fase que hoy los investigadores llaman de “capitalismo dependiente”. La modernización en la agricultura, el desarrollo de la minería, en fin, la expansión enorme del sistema ferroviario fueron, acaso, los rasgos principales de este proceso, cuya consolidación dependió en gran parte del capital extranjero.

En el norte de México, en los estados de Sonora y Chihuahua, los cuales constituyen el ámbito geográfico de *Tomochic*, la historia de este período mexicano se caracteriza por una implacable incursión, a ambos lados de la Sierra Madre, de capital tanto mexicano como extranjero. La tónica del momento la constituía un reiterado esfuerzo, de individuos y compañías, por desplazar de sus tierras a los mayos, yaquis y tarahumaras. No menos continua fue la penetración ferroviaria en las apartadas áreas de estos estados, planificada con el objeto de incrementar y racionalizar la explotación de los recursos minerales. En ambos estados, la

6. John S. Brushwood: *Mexico in its Novel*, Austin, University of Texas, 1966; pp. 155-157.

reacción de los principales grupos de indios sedentarios fue resistir. Los mayos y yaquis de Sonora participaron, durante la mayor parte de los quince años anteriores a 1892, el año de los acontecimientos que se recogen en la novela, en una activa lucha armada contra tropas estatales y federales. Y los tarahumaras de la falda oriental, cuyos antepasados se habían alzado repetida y encarnizadamente contra el avance español durante el siglo XVII, tendían a resistir retirándose a las muy unidas comunidades rancheras de la alta sierra. He aquí la descripción que Edward Spicer ha hecho de las principales tendencias registradas durante el siglo XIX en los estados del norte:

En general, la fase mexicana de la historia tarahumara se caracteriza por un nuevo aislamiento de los indios. De un modo abrupto fueron rotos los contactos que se organizaron durante el período español. Cuando hubo terminado la catequesis y la conquista política, dejaron los españoles en las fronteras de sus dominios, al este de las montañas de Sierra Madre, unos veinte mil indios con un sentimiento agudamente anti-europeo. Lo que ellos habían aprendido y aceptado de los españoles —por ejemplo, animales domesticados, árboles frutales, elementos de organización municipal y militar, un calendario ceremonial adicional, nuevos conceptos de poder sobrenatural— lo mantuvieron y procedieron, a través de varias generaciones, a absorberlo y a transformarlo en sus propias creaciones. Ya libres de la organizada presión de cambios del período español, la mayoría de los tarahumaras en sus aisladas “rancherías” cambiaron, no obstante, considerablemente durante el siglo siguiente.

La naturaleza del contacto desvióse del centralizado control del programa español, a un contacto interindividual intermitente entre pobladores mexicanos e indios. En ningún momento, luego del retiro de los jesuitas, estuvo la región tarahumara sin mineros y colonos. . .

En general, las relaciones no fueron de cooperación. También en términos generales, los mexicanos en su avance mantenían de una manera u otra la dominación sobre los indios. La misma historia del avance europeo en el siglo XIX fue un conflicto armado a pequeña escala en la frontera y la creación de un pueblo nativo subordinado lleno de odio. . .⁷

El año 1892, durante el cual transcurre la acción de la novela, fue especialmente turbulento. En mayo, luego de varios años de programas colonizadores y del avance de las conexiones ferroviarias en el interior de los territorios mayo y yaqui, unos doscientos mayos, seguidores de una santa canonizada por ellos, la Santa de Cabora, tomaron el pueblo de Navojoa. En julio, la joven “santa”, Teresa Urrea, había sido bruscamente deportada a Arizona. En las montañas Bacate de Sonora, iba en aumento la guerrilla yaqui. Lo que en efecto estaba ocurriendo a través de toda la región del norte era el recrudescimiento de la autode-

7. Edward H. Spicer: *Cycles of Conquest*, pp. 44-45.

fensa india, un fenómeno que el presidente Díaz enfrentaba recurriendo, de ordinario, al empleo de la fuerza represiva, ya sea en Yucatán, Chiapas, Oaxaca o el lejano norte de México.

En agosto, tropas federales salieron de Ciudad Guerrero hacia Tomochic, cuyos habitantes, dirigidos por líderes religiosos locales devotos de la Santa de Cabora, estaban resistiendo a la autoridad estatal y federal e interfiriendo en las cercanas operaciones mineras. Estas tropas sufrieron una derrota el 2 de setiembre y la campaña federal subsiguiente, unos meses más tarde, constituye la sustancia narrativa de la novela de Frías.

¿Cuáles eran las corrientes principales del pensamiento mexicano en este momento, vale decir, a mediados del porfiriato? ¿Cuáles eran las actitudes oficiales y contemporáneas acerca de México, su estructura socio-económica, sus objetivos, su política social declarada? ¿Cómo podía haber influido en el pensamiento de un joven oficial militar como Frías, a punto de participar en una campaña militar represiva? Muchos investigadores han probado el revestimiento darwinista del positivismo —con el fenómeno que produjo la conclusión resignada (y conveniente) de que el indio era un peso para las espaldas de la nación, que en una era de progreso y modernización las poblaciones indígenas eran, en efecto, reaccionarias, y que merecían medidas decisivas a fin de transformarlas o adaptarlas. Las teorías raciales de Andrés Molina Enríquez⁸ son típicas de los escritores que desarrollaron la ideología del mestizaje. El camino hacia el amalgamamiento racial, ejemplificado en la persona de Juárez, fue proyectado como el futuro de México. Por un lado se veía la necesidad de modernizar al indio; por el otro, los mexicanos podían referirse a él a la manera de un modelo humano contrastante del cual podían distinguirse.

Además de eso, los otros ingredientes de la atmósfera intelectual, todavía presentes como parte de la lucha reformista sobre la cual Porfirio Díaz basaba su derecho a la legitimidad, fueron un liberalismo difuso, con una larga historia de hostilidades hacia la iglesia y una fe en que los militares como institución eran capaces de casar su disposición disciplinaria con el ideario liberal de la misión nacional. Para el joven Frías, estos valores liberales, entremezclados con nociones modernizadoras de una emergente y dinámica clase media, estaban presentes en la literatura realista del día. El vigor tanto de la trama dramática como de los personajes y lenguaje mexicanos encontrados en las novelas de Rebasa, fueron, tal vez, su más inmediata herencia literaria.

Si se toma como norma la intención redentora del autor, *Tomochic* no puede ser llamada una novela indigenista. Sin embargo es, en verdad, una novela

8. Para una discusión acerca de la glorificación que del mestizaje hace Molina Enríquez en su influyente libro: *Los grandes problemas nacionales*, México, 1909, ver Villoro, op. cit., pp. 167-169. El cita el pasaje siguiente de *Los grandes problemas nacionales*, p. 266: "Los mestizos consumarán la absorción de los indígenas y harán la completa fusión de los criollos y de los extranjeros aquí residentes a su propia raza, y a consecuencia de ello, la raza mestiza se desenvolverá con libertad. Una vez que así sea, no sólo resistirá el inevitable choque con la raza americana del norte sino que, en el choque, la vencerá".

cuya esencia deriva de la interpretación ficticia de una confrontación histórica entre indígenas y el México dominante del porfiriato. Además, puesto que de un modo genuino logra penetrar debajo de la superficie de los acontecimientos, pone de manifiesto problemas que no habían sido planteados, al revelar involuntariamente unas muy significativas paradojas que nos dan indicios de las contradicciones ideológicas en el seno del pensamiento intelectual dominante de la clase media, durante el aludido momento mexicano del porfiriato.

En consonancia con la peculiaridad de su publicación como novela de folletín, el libro de Frías viene estructurado a base de capítulos cortos, titulados de manera sugestiva y llamativa, y relatados desde la tercera persona por un narrador-protagonista omnisciente. El hilo de los acontecimientos se centra en las experiencias del joven teniente Miguel Mercado, con ocasión de la campaña militar que pone fin a la resistencia tomochiteca. La novela ha sido correctamente criticada debido a una presencia retórica a veces excesiva de parte del autor, que tiende en ocasiones a eliminar cualquier distancia imaginaria entre él, el supuesto narrador omnisciente, y el protagonista. Pero ha sido insuficientemente alabada en lo que hace a esos diversos momentos en donde, al limitarse al punto de vista de Miguel, sí presenta de modo eficaz las dudas y tribulaciones del joven oficial al debatirse entre dos dilemas. Uno de esos dilemas tiene su origen en la flagrante discrepancia entre el código moral de los militares y las prácticas represivas del ejército de Díaz. El segundo viene de la contradicción entre su idea de la misión nacional y su experiencia vivida de la realidad nacional. Además, hay momentos —particularmente en los capítulos XXI y XXII— en que los preparativos para la batalla y las escaramuzas preliminares mismas son narrados, no sin simpatía, desde el punto de vista de los pobladores tarahumaras de Tomochic. El resultado consiguiente es tornar más compleja la percepción del lector, evitando así la posibilidad de una identificación fácil.

La experiencia arquetípica unificadora del relato es la iniciación de Miguel, su “hacerse hombre” a través de una prueba de fuego. Es este proceso total el que estructura la novela y determina su forma literaria. Los últimos tres capítulos cumplen de manera eficaz una serie de funciones estructurales unificadoras. Los hilos de la vida de Miguel quedan absolutamente hilvanados. Su juvenil sentimiento de responsabilidad hacia la madre dependiente, concluye con una carta que cuenta su partida y su amor imposible por la tomochiteca (Julia), termina con la tragedia inevitable de su muerte. Pero la definición final de estas relaciones emocionales viene dada simultáneamente con la definición final de la campaña. Los dos penúltimos capítulos comunican en efecto un análisis y una evaluación, desde el punto de vista de los personajes no indios, del significado de la campaña.

En el capítulo XL, “Chapultepec, Chapultepec”, Miguel llega a la conclusión, no sin ambivalencia, de que el peligro de una rebelión creciente había sido evitado, y que la revelación de las deficiencias militares, sería, en el futuro, de beneficio para el ejército. Habría una insistencia mayor en la rectitud moral y más respeto por el entrenamiento militar sano. Y en el capítulo XLI,

“Tenía que ser”, el autor hace que un grupo de soldados narren retrospectivamente los momentos finales de la campaña, cuando, después de haber sido tomados prisioneros, se procedió a dar muerte a los líderes masculinos de Tomochic. Todos los soldados manifestaron estar de acuerdo con el doble veredicto de sus oficiales: 1) que los tomoches fueron extraordinariamente valientes; 2) que no había otra alternativa que ejecutar a los rebeldes.

Dada la dinámica de la novela —las dudas de Miguel, en nivel de resistencia, la narración parcial desde el punto de vista de los rebeldes— el lector tiende a cuestionar o a estar en desacuerdo con estos hombres mientras ellos se esfuerzan por justificar sus actos. A pesar de tal cuestionamiento, la novela en su final afirma, aunque sin entusiasmo, la inevitabilidad de la masacre. Hasta se alude a un posible resultado positivo para el futuro de México.

La narración, que superficialmente podría entenderse como una especie híbrida de la novela histórica y el reportaje periodístico, posee, considerablemente, más mérito literario y autonomía que el que han estado dispuesto a concederle los historiadores literarios. Cuestión principal de su efectividad literaria la constituyen dos ironías mayores. Una es que el lector se identifica en gran medida con Miguel, mientras éste entra con una inocencia relativa en un proceso que le lleva finalmente a participar en lo que sólo se puede llamar una masacre. Estructural y narrativamente, es en la masacre en donde se encuentra el clímax de su proceso de iniciación. La otra ironía es que el lector ve que el ejército, llamado a defender el honor nacional, cumple su cometido por medio de actos bárbaros.

La descripción de las experiencias bélicas de Miguel, hechas con bastante realismo y sentidas como auténticas, contribuyen al impacto de estas ironías. La novela es rica en la descripción de las costumbres, la tecnología, la logística, y hasta en el lenguaje de los militares. El uso de flash-backs narrativos al entrenamiento de Miguel y a las experiencias anteriores de otros personajes, también presta profundidad a la narración.

Un número de rasgos románticos establece tensiones ideológicas internas dentro de la novela, puesto que responden a una estética literaria anterior al realismo. En la medida en que resienten la complejidad e ironía de la novela, y en la medida en que o bien sumergen la problemática en nubes retóricas o bien entran al personaje protagónico en las convenciones literarias obsoletas de oficiales galantes y de damiselas que aguardan ansiosamente el socorro, son un lastre para la novela con su exceso de sentimentalidad. Otro rasgo parecido es el tono emocional de algunas de las descripciones que hace Frías, especialmente al describir el comportamiento militar y la valentía de ambos grupos de combatientes. Igualmente romántico es todo el episodio amoroso, artificialmente introducido. Con su melodramático defecto moral inherente, basado en un tabú social (Julia estaba viviendo incestuosamente con su tío, el santo, cuando Miguel se enamora de ella), la sugestión del “pecado original” sólo puede presagiar inexorablemente un desenlace sentimental trágico.

A pesar de los problemas creados por la contradicción interna entre el modo romántico y la modalidad realista, la novela tuvo un impacto consi-

derable en el público mexicano. Aunque difícilmente asumió un tono denunciatorio, sí comunicaba ficticia, pero auténticamente, la naturaleza de un equivalente mexicano del desastre monstruoso norteamericano de Wounded Knee⁹. Debilidades del gobierno, errores y violencia compensatoria, fueron puestos al descubierto ante los lectores ciudadanos del periódico en que se fue publicando. En este sentido no cabe duda que *Tomochic* constituyó un desafío frente al estructurado poder porfiriano. Irónicamente, el impacto mayor lo experimentaron los militares, con cuyos ideales el autor no estaba ni mucho menos en desacuerdo. Sin embargo, una vez señalado lo anterior, importa hacer un examen más profundo de la manera en que Frías trata tanto a los personajes como a los temas y a las situaciones, fijándonos en lo que él finalmente prefirió interpretar y lo que optó por dejar de lado.

En una crítica de *Tomochic* escrita en 1906 e incluida como prólogo a la edición en 1911, el Lic. José Ferrel nos da un indicio de cómo juzgaron la obra sus contemporáneos. Titledo "La novela nacional", sus breves comentarios conceden importancia al "realismo" de Frías, colocándolo en la línea literaria de Emilio Rabasa. Además, el autor aparece visto como representativo de la conciencia nacional: "[. . .] Heriberto Frías tiene la más potente pupila estética, el exclusivismo más mexicano [. . .] en sus frases palpita un nacionalismo de la más pura espontaneidad"¹⁰.

Lo interesante es que la descripción que hace Frías de una variedad de personajes mexicanos, de la nobleza potencial del ejército, y del valiente pero vano heroísmo de los defensores, en realidad constituía cualquier cosa menos una crítica de los valores porfirianos. Como Rabasa, Frías realmente tendía a revelar la corrupción o los errores de los que no lograron cumplir con la línea de acción establecida por el porfiriato. En verdad, por su respeto hacia los militares, por aquella conclusión de sus personajes en el sentido de que el inminente peligro de un alzamiento mayor en la región justificaba una represión extremada y, muy especialmente, en su caracterización de los tomochitecos, Frías sin lugar a dudas no trascendía los presupuestos ideológicos del porfirismo. Bien leídas en su contexto, hay en verdad referencias críticas ocasionales, tales como: "la férrea mano del General Díaz, diestra y rápida en la acción, dura y eficaz en el castigo" (p. 35). Por una parte, estas palabras connotan un resentimiento sordo; por otra, sin embargo, revelan un claro respeto por la autoridad.

En primer lugar, parece ser claro, debido a toda la evidencia extra-literaria, que *Tomochic* históricamente no había dejado de ser un pueblo tarahumara. Esta es la opinión de los investigadores, incluyendo a José Mancisidor y a María del

9. Un problema que no he tenido tiempo de investigar es si la masacre de Wounded Knee en 1890 y la propagación del movimiento Ghost Dance desde las Rocky Mountains a través de los Great Plains durante los años anteriores a 1890, recibieron reportajes significativos en la prensa mexicana.

10. Ver nota cinco. La frase citada aparece en la página seis de la edición de 1911 de *Tomochic*.

Carmen Millán¹¹. Aunque Carlos González Peña y Manuel Pedro González¹² se refieren erróneamente a los tomochitecos como yaquis, por lo menos sostienen la indianidad de los pobladores. ¿Cómo de otra manera referirse a un pueblo en el cual los jesuitas habían fundado un convento en el siglo XVII, precisamente porque estaba en el centro de una población india considerable? ¿Cómo de otra manera referirse a un pueblo que debido a la política económica y religiosa tanto de españoles como de criollos —según ha señalado Spicer— había alimentado por siglos un odio perdurable hacia los forasteros? ¿Cómo de otra manera referirse a un pueblo cuya conducta religiosa era igual a la de los indios mayos, al incorporar sincréticamente a la Santa de Cabora en sus prácticas religiosas?

Sin embargo, Frías, reflejando los valores de hombres como Molina Enriquez y deseando precisamente demostrar el heroísmo y el valor humano de los tomochitecos, los convierte en mestizos. En el capítulo VIII, “Causas ostensibles”, después de explicar las razones aparentes de la rebelión y de dar importancia al misticismo religioso como motivación principal, el narrador afirma: “Y era lo más extraño que no constituían una tribu bárbara. No eran indígenas sino criollos. Sangre española, sangre árabe, de fanatismo cruel y de bravura caballescaca, circulaba en aquella raza maravillosa tarahumara y andaluza. . .” (p. 57). La implicación es que tanto el heroísmo como la lealtad a su propia causa (aunque la causa pueda ser una obsesión), tiene su origen en la parte española de su historia. En verdad, en otros momentos, el autor entreteje referencias a la hostilidad por parte de los tomochitecos hacia los apaches.

Dentro de la novela hay dos modelos de indios. Uno es el apache, un merodeador bárbaro, salvaje, no conquistado, contra quien cualquier táctica de represalia es justificada. Miguel narra historias que recoge de los soldados, las cuales se remontan a sus experiencias como cazadores de indios y en donde se los ve regresando a Chihuahua con los cueros cabelludos apaches como prueba para la recompensa ganada. El otro modelo es el salvaje domesticado, representado por los Pimas de Sonora, quienes en la novela trabajan obediente y servilmente, aquiescentes del todo, ya sea como guías o bien como tropas escogidas en la lucha contra los tarahumaras, y al servicio, claro está, del gobierno del estado de Sonora.

Significativamente, la actitud de Miguel ante ambos modelos no conlleva ninguna crítica de las palmarias opciones que México había ofrecido: sumisión o destrucción. En general, salvo por una duda momentánea en la que se siente a sí mismo como moderno cazador de indios —duda o sospecha que ni él el narrador examina— Miguel parece respetar el heroísmo de las tropas que habían eliminado a los apaches y el papel asignado a los Pimas. Su cuestionamiento parcial del destino de los tomoques está basado en otros factores que el de su indianidad.

11. José Mancisidor: *Historia de la Revolución Mexicana*, México, Libro Mex, 1959; pp. 78-79. María del Carmen Millán: *Panorama de la literatura mexicana*, México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1967.

12. Carlos González Peña: *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1966, 9a. edición; p. 227. Manuel Pedro González: *Trayectoria de la novela en México*, México, Botas, 1951; p. 80.

Además de eso, la iniciativa que demuestran los tomochitecos al adquirir rifles Winchester (los cuales eran superiores en el combate a los Remingtons del ejército mexicano), también constituye una evidencia para el autor de que ellos eran mestizos. La implicación naturalmente es que los indios no habrían sido tan inteligentes. En cierto pasaje, lamentando la extinción de la “raza tomochiteca” el protagonista se da cuenta de que habían sido “una fuerte raza, digna de vivir y de ser tronco de mexicanos pueblos robustos” (p. 273). La implicación es que podrían haber contribuido, en un proceso futuro de mestizaje, a la formación de un fuerte carácter nacional. Obviamente, el protagonista no se lamenta de su pérdida de autonomía en cuanto tarahumaras o de su derecho a determinar su propio futuro.

Hay en verdad varias contradicciones de lógica narrativa en la novela. Por ejemplo, los temores de Miguel, reiterados varias veces, en el sentido de que la rebelión tomochiteca podría ser una chispa capaz de encender la Sierra Madre entera, sólo podrían haber sido válidos si la comunidad fuera india o casi totalmente india. Podría, pues, ser ésta una inconsistencia. De manera semejante, las fotografías que aparecen en la edición de 1911 son de tarahumaras. Pero en todo caso esto es menos importante que ese señalado tratamiento que el autor hace de los personajes como mestizos.

Con respecto a los motivos del alzamiento, Frías menciona dos veces una fricción entre la comunidad y la mina cercana de Pinos Altos (entonces en manos de ingleses). También se refiere a los abusos por parte de las autoridades locales y del Estado, y varias veces implica que el caciquismo y ciertos elementos de fuera, se han aprovechado de los ingenuos tarahumaras. Pero estos posibles motivos son empujados por la atención general al mesianismo exótico elaborado supuestamente por los aldeanos. De hecho, la investigación histórica nos advierte que hay que atribuir mayor importancia al papel de la compañía minera y de los despojadores de la tierra¹³. Mas lo importante aquí es aquel sistema de valores creado por Frías, cuando éste se propuso ir a la ficción pasando por la historia, cuando, para decirlo con otras palabras, se propuso “novelar” historia.

En suma, para que la novela sea dramática, para que la ironía sea incisiva, para que la tragedia sea conmovedora, Frías optó por caracterizar a sus aldeanos como no indios. En realidad, debido al hecho de que la novela los presenta de esta manera, llega a ser más eficaz su crítica implícita (aunque limitada) contra las tácticas del porfirismo. De manera que Frías está aceptando por implicación, la posición darwinista oficial que ve al indio como un salvaje indomable y como a un reaccionario cultural, incluso mientras su novela trata críticamente lo que en realidad fue una masacre india.

13. Esta sugerencia está implícita en la tesis de David López Peimbert: *Tomochic*, México: UNAM, 1963, quien afirma (p. 51): “[...] la principal causa de la destrucción del pueblo: el robo de sus tierras”. Las referencias a la compañía minera también figuran en el artículo de Mario Gill: “Teresa Urrea, La Santa de Cabora”, en: *Historia Mexicana*, VI, jul. 1956-jun. 1957, pp. 624-644, y en la obra histórica de Mancisidor: *Historia de la Revolución Mexicana*.

Sin duda el lector, convencido de la manera en que los acontecimientos fluyeron implacablemente hacia una tragedia final, queda conmovido por la novela. Pero en términos de su causalidad, el efecto es convencer al lector de la decadencia de la moralidad nacional, debido a la burocracia y a la corrupción tanto del espíritu como de la capacidad de lucha del ejército, y a su consiguiente incapacidad de responder a su alta misión: ayudar al fortalecimiento y a la unificación de México. Si hay implícita una crítica política, lo es contra ciertas tácticas del Presidente Díaz pero no contra su programa total. El lector admira tanto el heroísmo como el estoicismo de la gente de Tomochic. Sin embargo, hay una nota subyacente de inevitabilidad, de aceptación de que, en ocasiones, los eventos humanos van más allá de la razón y más allá del control.

Ideológicamente, pues, Frías ha producido una obra de contradicciones internas tanto a nivel formal como a nivel ideológico. Su éxito se debe a un auténtico idealismo liberal, que sin duda bastaba superficialmente para desafiar el autoritarismo unilateral de Porfirio Díaz. Pero desgraciadamente, este idealismo se ve contrarrestado por una comprensión limitada de la resistencia india, de su historia y de todo su modo de ser socio-económico. La atención preferente del autor en torno únicamente al carácter mesiánico del alzamiento, con la casi exclusión de los ingredientes económicos, políticos o culturales, tienden a constreñir la tragedia, a un plano moral por conmovedora que sea.

Es interesante cotejar las cuatro diferentes versiones de la novela, comenzando con las tiradas periodísticas de 1893 y terminando con la que es la edición definitiva de 1906¹⁴. Cada una amplía la anterior y las ampliaciones acentúan las contradicciones. Por un lado, hay puyas adicionales a Porfirio Díaz; por el otro, continúa el énfasis reiterado y creciente acerca del temor de un levantamiento general, y se insiste, por lo tanto, en un sentimiento de respeto hacia el dictador paternal y autoritario. También se encuentran numerosas exhortaciones con relación a un anhelo purificante del ejército patrio, a fin de que éste sea capaz de cumplir con las exigencias del destino nacional. Además, hay un énfasis reforzado, en tres capítulos diferentes, sobre el carácter místico y mesiánico del levantamiento. Finalmente, es también un añadido todo el capítulo retrospectivo acerca de la lucha épica y heroica de los chihuahuenses para eliminar a las “hordas bárbaras” (sic) de apaches.

Así pues, el tratamiento que nos ofrece Heriberto Frías del tema indio, es un enfoque que involucra una subordinación a cuestiones más amplias del plano nacional. El indio, por comparación y por exclusión, aparece visto como fuera del organigrama social. Y los valores esenciales por medio de los cuales el porfiriatto llevaba a cabo su acometida de “orden y progreso” —estabilidad social, un sentido de edificación de una nación, respeto hacia los militares, autoritarismo y disciplina en el gobierno, la ciudad como fuente del cambio progresista, en fin, el

14. Este examen puede ser llevado a cabo debido a la cuidadosa edición preparada por Porrúa, con prólogo y notas de James W. Brown (la segunda edición apareció en la colección “Sepan Cuantos. . .”, el año 1973). Esta edición identifica los pasajes particulares agregados por Frías a cada edición durante su vida.

énfasis en el sector mestizo-criollo como base de la modernización— son básicamente ratificados. Aunque la novela podría haber amenazado políticamente a Porfirio Díaz, o a uno u otro general, no logró cuestionar la dinámica real del México, de los años 1890–1910. Parte de esta dinámica social real era la situación del indio. A pesar de toda su valentía y obstinación, Frias —a diferencia de su contemporáneo Manuel González Prada— no pudo ver la relación entre esta situación y las debilidades económicas, políticas y morales del porfiriato.

II

*El resplandor*¹⁵, publicada unas cuatro décadas después de *Tomochic*, responde a un momento dramáticamente distinto dentro de la historia mexicana, a una captación ideológica del indio igualmente diferente, y a una emergente cuan moderna literatura en la narrativa de ese país. Nos parece útil tratar de visualizar de entrada algunas posibles coordenadas sociales externas, con el objeto de poder analizar las funciones internas de esta novela. Como queda claro en la discusión de *Tomochic*, tanto los aspectos formales (el de la peculiaridad folletinesca de la novela, por ejemplo) como las características temáticas, se iluminan ante el despliegue de una praxis analítica que los ve como respuestas (frecuentemente contradictorias) al conjunto global de circunstancias en el que son proyectados.

El resplandor es una novela concebida durante la era cardenista, uno de los momentos más complejos de la historia mexicana. Por un lado, estos fueron años de medidas radicales, tales como la expropiación de la industria petrolera en poder de extranjeros y la distribución general de la tierra dando un énfasis considerable a la tradición del ejido. Por el otro, analizando ahora retrospectivamente, al cardenismo también se le debe el haber echado las bases de la institucionalización burguesa. La evaluación que nos proporcionan algunos investigadores mexicanos modernos, difiere considerablemente del tono eufórico y simpatizante con que lo sopesaron, en décadas anteriores, ciertos norteamericanos como Frank Tannenbaum y Anita Brenner. De acuerdo a esos análisis recientes, por ejemplo el llevado a cabo por un intelectual de la envergadura de Arnaldo Córdova, la revolución y su apogeo bajo Cárdenas aparece vista como una manifestación social que no logró quebrar las estructuras porfirianas de capitalismo dependiente. Al contrario, perpetuó en nuevas formas la ya existente condición de dependencia. En cuanto a la continuación del capitalismo, he aquí lo que afirma Córdova:

Obregón, Calles y sus seguidores en ningún momento dejaron de justificar su poder ilimitado con base en las reformas sociales; reivindicaron siempre el principio de la propiedad privada y del espíritu de empresa; reafirmaron el sistema de la conciliación de las clases como forma inde-

15. Mauricio Magdaleno: *El resplandor*, México: Botas, 1937. Citamos por la edición de 1950, impresa en la ciudad de México para la Colección Austral de Espasa-Calpe, Argentina. La numeración irá apareciendo en el texto.

rogable de la organización social, y mantuvieron incólume el poder independiente y autónomo del Estado con respecto a la sociedad. El desarrollo del capitalismo recibió nuevos bríos, por cauces renovados; se mantuvieron sectores enteros de la antigua clase dominante, entre los que se pudieron contar núcleos importantes de viejos industriales, banqueros, comerciantes, y hasta terratenientes, a los que no se dejó de estimular para que se convirtieran en auténticos hombres de empresa; pero agregados a los anteriores, se abrieron todos los caminos para que los mismos exponentes de la Revolución, los viejos dirigentes de clase media se transformaran en capitalistas. En pocos años, los “capitalistas revolucionarios”, como los llamó Alberto J. Pani, pasaron a formar el grueso de la clase dominante. . .¹⁶

En cuanto al problema de si la revolución logró consolidar o no la autonomía nacional en virtud de una superación de la dependencia, Córdova es igualmente negativo al estimar la significación de los años 1910-1940: “La revolución no logró romper la relación de dependencia en cuyo seno y bajo cuyo amparo se dio y se desarrolló el sistema político y social del porfiriismo, contra el cual la revolución se realizó”¹⁷.

Dentro de esta visión de conjunto de la Revolución como algo menos que revolucionaria, la evaluación del cardenismo con sus características especiales de populismo, nacionalismo y programas radicales, es asimismo realista y no sentimental.

El populismo ha sido, en el fondo, una solución contrarrevolucionaria, una solución que impidió llevar a cabo transformaciones radicales en la estructura económica y social de México; pero fue, sobre todo, una forma de manipular a las masas para lograr un desarrollo capitalista del país, mediante la aceptación y la promoción limitadas de las demandas y aspiraciones de esas mismas masas. Al nivel internacional, el populismo ha significado la movilización de las masas mediante su identificación con la nación y los intereses de ésta, para lograr condiciones de negociación con los Estados Unidos que tienen una cierta autonomía, pero no rompen la situación de dependencia. Y esta solución la ha encarnado el nacionalismo que no es más que la forma ideológica de que se cubre el populismo. El nacionalismo no ha ofrecido ni ofrecerá jamás entre nosotros, una solución revolucionaria, de ruptura completa, al problema de mejores condiciones de negociación, mediante la identificación de las masas con la nación, el fortalecimiento del sector público y, sobre todo, mediante el desarrollo en términos de crecimiento que se supone que aumentará la acumulación del capital nacional y pondrá a México en condiciones mejores para negociar. . .¹⁸

16. *Ideología de la Revolución Mexicana*, p. 30.

17. *La formación del poder político en México*, p. 69.

18. *Ibid.*, pp. 73-74.

Cuestiones fundamentales en cuanto al carácter de masa del cardenismo fueron las actitudes y la política oficial hacia el indio. En esto, el ideólogo clave fue Manuel Gamio, quien ya en 1916 había establecido el tono para el amalgamamiento de los conceptos de nacionalismo e indigenismo. En *Forjando patria*, previó la necesidad de ir a la búsqueda de un nuevo concepto de nación, el cual debería trascender los límites étnicos dentro de los cuales se hallaban circunscritas las numerosas minorías indias. En contraposición al énfasis de los darwinistas porfirianos, Gamio propuso que el elemento unificador de la nación había de ser la tradición y la cultura indias. Al mismo tiempo, vio la necesidad de alcanzar un nivel de homogeneidad en términos étnicos, territoriales, lingüísticos y económicos, para que a la vez que las culturas indias fueron apreciadas en su singularidad como manifestaciones locales o regionales, pudieran también formar parte de los cimientos sobre los cuales iba a ser edificada la nación. En este sentido, su acercamiento al indio daba importancia a la cultura como el rasgo distintivo básico. Y para que esta herencia cultural fuese respetada y lograra introducirse en la vida contemporánea de México, previó, igualmente, la necesidad de ir a la modernización. Sus ideas para la construcción de la nación, presentadas por primera vez en 1916, iban a ser la norma ideológica del cardenismo:

Fusión de razas, convergencia y fusión de manifestaciones culturales, unificación lingüística y equilibrio económico de los elementos sociales [. . .] deben caracterizar a la población mexicana para que ésta constituya y encarne una Patria poderosa y una Nacionalidad coherente y definida¹⁹.

Como los positivistas, pues, Gamio en efecto estaba en contra de una continuación del aislamiento indio, previendo que finalmente iba a ser necesario unificar la nación a base de normas mestizas. A diferencia de ellos, sin embargo, estaba en favor de un estudio positivo y generoso del indio, y de la incorporación de su herencia cultural como fundamento espiritual de la nación recién consolidada. Simultáneamente con las formulaciones de Gamio, las cuales llevaron a la organización, en 1934, de un Departamento de Asuntos Indígenas, una fuerte tendencia minoritaria, presente e influyente aun cuando nunca dominante en la era de Cárdenas, exigía una política basada en principios marxistas. Incorporando el pensamiento de Mariátegui y observando las realidades tanto de la teoría (las tesis de Stalin acerca de la nacionalidad) como de la práctica soviética con respecto a sus minorías nacionales, figuras mexicanas del relieve de Vicente Lombardo Toledano y Rafael Ramírez, presentaron programas en 1935 y 1936 en los cuales se concedía importancia a conceptos tales como el de autonomía territorial y política y el de colectivización de la agricultura como base de la política gobiernista acerca del indio²⁰.

19. Manuel Gamio: *Forjando patria*, México, Porrúa, 1916; p. 325.

20. Para un ejemplo de cómo la Unión Soviética fue vista como una fuente de experiencia, ver el artículo de Vicente Lombardo Toledano: "Cómo resolvió el régimen soviético el problema de las nacionalidades oprimidas", en el libro de sus ensayos: *El problema del indio*, México, SEP-Setentas, 1974.

Un ejemplo de la presencia de la izquierda en las ideologías del indigenismo durante estos años, puede ser observada en la descripción que Gonzalo Aguirre Beltrán hace de la delegación mexicana al Primer Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en Pátzcuaro en 1940, como la culminación de las actividades de Cárdenas, “como secuela lógica del impulso que el régimen cardenista había puesto en la contemplación y el tratamiento del problema del indio”²¹. Los delegados, encabezados por un marxista, Luis Chávez Orozco, incluyeron a Manuel Gamio, Moisés Sáenz y Miguel Othón de Mendizábal, además de un grupo de intelectuales más jóvenes, entre los cuales se encontraba Mauricio Magdaleno. Es interesante la clasificación hecha por Aguirre sobre la composición política del grupo: “Positivistas, agraristas y anarco-sindicalistas, comunistas y marxistas independientes, protestantes progresistas y demócratas conservadores . . .”²².

El debate ideológico, por lo tanto, dio importancia a dos posiciones. La primera de estas posiciones defendía un programa idealista-nacionalista-culturalista, con el fin de incorporar al indio, en cuanto a lo espiritual, como la fuente de la conciencia nacional y, en cuanto a lo real, siguiendo la lógica implícita de las recomendaciones del famoso proyecto de Gamio en Teotihuacán —de incorporarlos en la clase campesina, aunque respetando a la vez sus peculiaridades culturales hasta donde éstas pudiesen reconciliarse con la construcción nacional y la modernización “revolucionaria”. La otra de las posiciones, derivada en parte de fuentes marxistas extranjeras como Mariátegui y Stalin, y desarrollada a partir del trabajo antropológico de Othón de Mendizábal y otros, atribuía especial importancia al aspecto económico en la situación de explotación del indio. Destacando el derecho del acceso a la tierra como lo básico para los nuevos programas, Othón y su grupo trató de trascender una solución “capitalista”, señalando la consonancia potencial del agrarismo colectivista indio con la noción de socialismo. Aunque vieron la necesidad de cierta autonomía, entendida ésta no únicamente como cultural sino también como autonomía política y económica, abogaron igualmente por la incorporación, pero pensaban que esto sólo era posible en un México en el cual la transformación al socialismo ya estuviera en marcha.

No es difícil de identificar la tradición literaria a la cual responde Magdaleno al concebir su novela indigenista a mediados de los años treinta del presente siglo. Por más de una década, las obras de Mariano Azuela habían sido prominentes como “novelas de la Revolución”. El término claramente tenía más que ver con el asunto de estas novelas que con el modo de narrar del autor. El asunto en verdad era la experiencia de la Revolución, y el modo narrativo, implacable y hasta inartísticamente realista. El escritor de más éxito de la década de los treinta fue Gregorio López y Fuentes, cuya premiada obra de 1935, *El indio*, fue holgadamente más aclamada que *El resplandor*, a pesar de la superioridad de ésta en varios aspectos. Sin lugar a dudas, la novela de Magdaleno es más compleja litera-

21. Gonzalo Aguirre Beltrán: “Introducción”, en: Lombardo Toledano: *El problema del indio*, pp. 38-39.

22. *Ibid.*, p. 39.

riamente, e históricamente más vasta en su referencia narrativa. Como consecuencia, su sistema literario de valores proyecta con cierta profundidad las contradicciones del cardenismo. En contraste, *El indio* es una novela episódica, históricamente esquemática y de una configuración literaria hartamente endeble —en el sentido de que sus capítulos finales ni fluyen ni son dependientes de las unidades anteriores.

Otra novela del período, la importancia de la cual exige más investigación, es *La rebelión de los colgados*, de B. Traven. Publicada en 1936, esta narración, que se organiza en torno a la explotación social de los indios de descendencia maya de Chiapas, en el momento de la Revolución, también fue presentada teatralmente en México. Dado el activo interés de Magdaleno por el teatro, parecería razonable suponer su familiaridad con ella. Traven, todo un maestro de la narración, se concentra unilateralmente en la explotación y en la brutalidad sufrida por los indios que eran reclutados para trabajar en la tala de los árboles de caoba, y en un alzamiento más bien espontáneo y sin dirección que sobreviene como consecuencia inevitable. El valor de la novela reside en lo directo de su narración, entretejida a base de vívidos relatos acerca de la angustia impuesta por lo que Traven pinta como una estructura social más bien feudal. Su debilidad proviene de la postura omnisciente demasiado elevada del autor que elimina cualquier ironía o sutileza en la caracterización, y también del escenario mono-institucional limitado en el cual se desarrolla la narración —un escenario que no logra explicar el advenimiento de inversiones basadas en la caoba, su contradicción con las tendencias agrícolas tanto de la comunidad india como de la comunidad ladina, y su impacto cultural sobre el indio.

Otros dos ingredientes artísticos de la escena literaria mexicana que merecen ser incluidos como elementos a los cuales responde Magdaleno, son, por un lado, la presencia de Faulkner, a quien muchos mexicanos estaban leyendo en traducción, y, por el otro, el influyente movimiento muralista. El cronista del Mississippi capta muy pronto la atención de Magdaleno, en especial por aquel énfasis suyo en torno a escenarios sociales poco desarrollados, por el primitivismo de sus personajes, y por esa sensación de inmutabilidad que caracteriza su tratamiento del tiempo.

Los muralistas, quienes ya en el momento en que se escribe *El resplandor* tenían más de una década de labor pública creadora, eran conocidos por su dramatización en vívido color del carácter épico de la historia nacional, por el tono de crítica social que expresaba en general su arte, y por la elección que ellos hacían del pueblo como objeto temático válido para la mano del artista.

El resplandor, en contraste con este trasfondo general, no logra captar de inmediato ni la atención de los críticos ni la del público lector. Tampoco en las décadas que siguen se producen análisis críticos llamativos o penetrantes. El presente estudio, lleva a percepciones diferentes de las expresadas por nosotros mismos en un trabajo anterior²³. En aquel trabajo, los supuestos históricos fueron los de

23. Joseph Sommers: *Yáñez, Rulfo, Fuentes: La novela mexicana moderna*, Caracas, Monte Avila, 1969.

los investigadores liberales quienes proporcionaban una visión exitosa de la revolución mexicana, y el estudio literario procuró identificar una “visión del mundo” coherente y sin contradicciones dentro de la novela. Ahora, en la presente investigación, no se acepta ni la visión “dorada” de la revolución, ni la noción de que la novela, en virtud de una magia inherente del proceso creativo, tiene que dar cuerpo obligadamente a una visión del mundo a la vez coherente y armoniosa. A partir de estos nuevos supuestos metodológicos, *El resplandor* resulta ser, en términos literarios y, por ello, en términos ideológicos, la novela indigenista más significativa de los años treinta del presente siglo.

Más cuidadosamente elaborada que la mayoría de las novelas escritas por esos años, *El resplandor* es una obra ambiciosa, circular en su estructura y de mucho alcance en su visión del pasado histórico. Redentora en su propósito, responde a la atmósfera intelectual del régimen de Cárdenas.

La circularidad proviene de la amarga experiencia sufrida por el pueblo otomí, el cual hacia el comienzo de la novela presencia la visita de un Gobernador paternalista que procede a escoger a uno de los niños del pueblo (significativamente, un niño mestizo), para ser educado en la capital del estado. Hacia el final de la novela, este niño, luego de un ascenso meteórico y oportunista al cargo de Gobernador, parte del cual ha involucrado la decepción y la represión subsiguiente del pueblo, junto con la frustración de las esperanzas de los indios al acceso a la tierra, vuelve al pueblo. Para horror de los otomís —para quienes la repetición es, en demasía, obvia—, un nuevo niño es seleccionado en un gesto magnánimo del Gobernador, para ser educado en la capital del estado.

Una serie de flashbacks en la primera parte de la narración, contribuye a hacer más profundo el impacto de este desenlace irónico, en el cual la experiencia de vivir no lleva a ningún cambio sino a una angustiante repetición. Esas exploraciones acerca de los antecedentes históricos del pueblo de San Andrés de la Cal, acentúan la continuada explotación de que han sido objeto los indios, la cual ha permanecido igual, a través de cada periodo sucesivo de la historia mexicana, desde los tiempos de la Conquista, extendiéndose hasta el presente de la novela, la época de Plutarco Elías Calles en los años veinte de este siglo. En primer lugar, la opresión se había canalizado a través del conquistador Gonzalo Fuentes y de sus herederos mestizos, alineados en hábiles alianzas con la iglesia y con líderes políticos como Porfirio Díaz. Luego habían venido los políticos recién instalados de la Revolución. En todo momento, los aldeanos del seco y árido pueblo de San Andrés, estuvieron sirviendo como reserva laboral para la fértil y cercana hacienda de La Brisa, enriquecida casi milagrosamente por una lluvia constante y por una disponibilidad siempre copiosa de agua.

La novela está cuidadosamente construida en tres secciones de aproximadamente la misma extensión. La primera de estas secciones sirve para introducir al pueblo de San Andrés y sus relaciones con La Brisa; para desarrollar la rica y penosa historia de esta relación, y para explicar los vaivenes de la Revolución, a raíz de los cuales presenciamos el regreso de uno de los otomís reclutados a mo-

rir en San Andrés, dejando a su hijo mestizo y huérfano, Saturnino, en manos de los dignatarios del pueblo.

La segunda de las secciones en que se distribuye el mundo configurado, ahora en el presente del período de Calles, desarrolla la línea argumental mayor en orden cronológico estricto e intercalando varias tramas secundarias. Crece gradualmente a un clímax en los instantes en que Saturnino, ya adulto y con su educación capitalina terminada, vuelve a San Andrés. Ahora todo un político y casado con una descendiente de la familia Fuentes, apela al apoyo de los indios en su carácter de candidato a Gobernador. Y éstos, encendidos por sueños de compartir, vía Reforma agraria, la riqueza de La Brisa, no son conscientes de sus verdaderos propósitos en el sentido de restaurar, empleando para ello mano de obra indígena, la hacienda arrasada de los Fuentes, con el objeto de crear un feudo personal neo-porfiriano.

La tercera de las secciones, la cual viene luego de la elección de Saturnino, delinea la creciente conciencia de los otomís con respecto a la traición de que han sido objeto, culminando en su rebelión contra la administración brutal. Las tropas caen en San Andrés para imponer el orden y para ejercer represalias masivas por medio de la horca. Una paz amarga es restaurada. Tácticas más suaves se emplean para obligar a los indios a sumarse a la tarea ya en marcha de desarrollar la hacienda, incluyendo el nombramiento de un muy idealista profesor de escuela para el pueblo. Y la novela termina con una conciencia más profunda de parte de los indios acerca de las desgracias inexorablemente impuestas, mientras presencian la selección del nuevo niño que va a ser educado de acuerdo al molde de Saturnino.

Tal vez la primera observación valorativa debería ser que Magdaleno, en *El resplandor* —y además de una manera muy palmaria—, rompió con la tendencia tanto de inmediatez literaria como de despreocupación histórica, legada por la así llamada “novela de la Revolución”. Además de eso, en virtud de su atención a la estructura, de su cuidadoso manejo del argumento, de su desarrollo, en fin, de un espectro de personajes, fue capaz de producir una obra mejor terminada y mejor construida que la que había producido López y Fuentes con *El indio*.

Otra diferencia principal de énfasis es que *El resplandor* es mucho más una novela de relaciones indio-mestizas. Es en el detalle y en la dinámica de esas relaciones donde Magdaleno sitúa el problema sobre el cual se basa la protesta. Convengamos en que el proceso histórico aparece simplificado, con los españoles y sus descendientes criollos revestidos de características que constituyen el estereotipo del villano. En verdad, todo el conjunto de personajes no es más que una serie de estereotipos, a la cabeza de los cuales se halla el indígena sufriendo y explotado, y, por doquier, un número de personajes no indios a la manera de variantes más o menos conocidas sobre el tema de la inmoralidad. Convengamos finalmente en que la novela encarna excesos narrativos, en una serie de aspectos que serán discutidos más adelante. Pero, no obstante, en virtud de su análisis, diacrónico y sincrónico, de la multiplicidad de nexos que re-

lacionan al pueblo indio en un estado de interdependencia asimétrica pero trabante con la sociedad global, permanece como una indagación mucho más profunda, en los valores sociales mexicanos, que cualquier otra novela de los años treinta.

Tal vez la contradicción central, o el conjunto de contradicciones en lo que hace a los niveles de forma e ideología, viene dada por la oposición entre tradición (conservadorismo, repetición, inmutabilidad) e innovación (proceso, análisis, cambio, reforma). En términos más específicamente literarios, esta contradicción toma la forma de un paternalismo narrativo convencional manifiesto, por un lado, tanto en el lenguaje como en la relación que el autor establece con sus personajes, y, por el otro, en una serie de cualidades tales como la estructura irónica, el monólogo interior, la causalidad compleja, las cuales contribuyen, en términos tanto sociales como políticos, a engendrar un desafío genuinamente crítico con respecto a la política social del México cardenista.

El resplandor se dobla bajo el peso de su lenguaje florido, retórico, discursivo y emocionalmente cargado. Las descripciones tanto de personajes como de escenarios sociales aparecen adjetivadas de un modo tan insistente, como para implicar una serie de actitudes en el autor: 1) una presunción suya acerca de la necesidad de manipular las emociones del lector; 2) dada una capacidad imaginativa supuestamente deficiente de éste, la responsabilidad de proporcionar toda suerte de matices y sutilezas; 3) en fin, a través de inserciones de datos, de opiniones suyas y de preguntas retóricas, ocasionales, suponer que debe, de esta manera, guiar al lector para que de veras entienda el significado social que él desea enfatizar.

Procediendo de manera semejante, esto es, con un control excesivo por parte del autor, Magdaleno tendió igualmente a simplificar y a estereotipar a sus personajes, lo cual resulta particularmente desafortunado debido a que a la vez no simplifica sus relaciones. Las figuras individuales parecen haber sido tomadas del depósito de personajes convencionales: benévolos y estoicos en el sufrimiento los dignatarios indígenas; voraz y codicioso (aunque a ratos con algo de remordimiento) el tendero mestizo; locuaz y oportunista el intelectual.

El pasaje siguiente describe el sentimiento de desolación de los indios cuando su sacerdote, ya sin esperanza, los abandona. Ejemplifica bastante bien la tendencia a valerse de comparaciones demasiado familiares (“tantos años como los luceros”); la afición del autor a interpretar los hechos más allá de la conciencia de los personajes (“en el remoto ayer. . .”); el empleo de peroraciones y de un abundante uso de signos exclamativos para granjearse la emocionalidad del lector; la inserción, en fin, de preguntas retóricas (“¿Por qué habían de quejarse?”):

En el remoto ayer las hordas sintieron el peso aplastante de la cruel explotación del blanco, y desde entonces a través de tantos años como los luceros de las noches de San Andrés, no ignoran que es inútil rebelarse. Ojos que han agotado el llanto, voces confidenciales y mustias, indiferencia que es como la ceniza que cubre un leño hecho ascuas. La vida

se anuncia en el vientre de las mujeres sin un espasmo de tortura, y la muerte es un incidente que sorprende a los jóvenes y a los viejos sin malograr una faena o interrumpir un caudaloso acceso de energía. La energía, en la tierra del otomí, se reconcentra en longevidad y en mostruoso mimetismo con el mineral y el cacto. Cincuenta, cien años, son nada, un minuto en la existencia del páramo. Donde nunca floreció la esperanza de algo, tampoco tiene razón de ser la medida de nada. Allá, tras lomita, dice el indio, y quien inquiere corre días y días y no alcanza el sitio buscado. Tras lomita, dentro de veinte años, y la voz repite la monótona naturalidad de un paisaje sin fronteras y que por lo mismo es ajeno a la noción del tiempo y el espacio. Veinte años [. . .] toda una vida, que a fin de cuentas no suma sino ochenta, noventa o cien, cuando bien va [. . .] ;qué más dá para quienes no pueden conjugar los nerviosos resortes de la conciencia [. . .] para quienes el nacer y el morir no son más que los cabos de una suerte tremenda! Ni la piedra, ni el nudoso órgano, ni el mezquite se quejan. ¿Por qué habían de quejarse? El otomí sólo sabe que su muerte será menos sentida que la de la mula o el buey que dan el sustento a una familia [. . .] (p. 12).

Estas debilidades formales tienen naturalmente sus consecuencias ideológicas. Tanto el revestimiento emocional del lenguaje como la explayación omnisciente acerca de lo que sucede más allá de la capacidad de entendimiento de los personajes y la misma visión simplificada de éstos, todo ello genera una presentación paternalista del indio. Este, a pesar de las excepciones señaladas más adelante, tiende generalmente a ser caracterizado como el prisionero de una cultura cuyas supersticiones lo mantienen en la ignorancia y que le brinda a lo más un inadecuado estoicismo y una fatalista aceptación del sufrimiento siempre anticipable. La cultura indígena está presentada desde el punto de vista de un narrador no indio, quien no vacila en suponer inútiles dentro de la sociedad occidental las creencias totémicas, las sobrevivencias religiosas paganas y su praxis médica. No hay visos de cómo, para poder sobrevivir a través de los siglos, los otomís pudieron haber sido capaces de obtener, del conjunto de sus creencias y prácticas semicristianas, sincréticas y aculturadas, alguna medida que les permitiese la subsistencia.

En tensión con estas debilidades formales e ideológicas, y en verdad pesando más que ellas, están los aspectos que tienden hacia la "innovación". Ya hemos hecho referencias al uso de flashbacks con el objeto de dar énfasis al impacto del pasado histórico sobre el presente (esto es, el presente novelístico del período de Calles), y a la cuidadosa estructuración global de la novela a fin de que su configuración narrativa interna a base de secuencias inexorables que llevan a la repetición final, sirva para expresar, irónica y críticamente, una situación actual que tiene, en lugar de una proyección hacia el futuro, reverberaciones del pasado.

Dada la atmósfera cardenista que prevalecía en el momento de publicación de la novela —una atmósfera en la cual, al nivel retórico, las tres nociones gubernistas fueron la conveniencia y la posibilidad del cambio social, la confianza en la

historia como proceso que lleva a la reivindicación social, y la identificación de los intereses nacionales con los de los pobres y antiguamente explotados—, el impacto crítico de *El resplandor* tenía que ser significativo. En efecto su significado más profundo, acentuado por las “innovaciones” formales de Magdaleno, sugiere que hasta el tiempo de Calles, inmediatamente anterior a la publicación de la obra, más de una década después de la constitución supuestamente revolucionaria de 1917, la experiencia de vivir indígena continuaba congelada en modelos trágicos fijados por la Conquista y “modernizados” por el porfiriato. Aunque protegido por la cronología de una referencia directa a 1938 y a Cárdenas, ese significado más profundo invitaba a un examen crítico por parte de los lectores de su tiempo.

Lo que también tiende a hacer más profunda la penetración en la realidad mexicana, es la complejidad con que aparecen dadas las relaciones entre los personajes. A diferencia de López y Fuentes en *El indio*, Magdaleno ha desarrollado una gama de personajes, la cual, aunque simplificada, por lo menos incluye una variedad de tipos que pertenecen tanto al segmento indio como al sector mestizo de la sociedad.

López y Fuentes restringe la acción de *El indio* a la comunidad indígena, y a la respuesta que esta comunidad da a medidas que vienen de fuera. Puso el énfasis en la incapacidad tanto de los personajes como de la cultura e instituciones indias para hacer frente a la opresión. Así, apenas si hay la presencia fugaz de personajes que no sean indios. Magdaleno, en cambio, resultó ser más extensivo en la variedad de sus personajes y relativamente más sutil en los matices con los cuales caracteriza tanto a los protagonistas como a los demás personajes. Por ejemplo, sus dos principales figuras indias, Lugarda y Bonifacio, aunque sufren de una coloración sentimentalista impuesta por el autor, en ocasiones se destacan como individuos dotados de pensamientos y palabras propias. Hay incluso el intento sorprendente, en varios momentos de introducir pasajes monológicos en la forma del fluir de la conciencia, a fin de expresar, en términos personales, las agonías y las esperanzas de estos personajes. Pero esta innovación sólo en parte tiene éxito, puesto que aparece dominada por el que es el procedimiento dominante de tratamiento de los personajes en la novela, la estereotipización convencional. No obstante, es claro que, aunque fragmentaria y momentáneamente, el autor tiende a individualizar a Bonifacio.

De igual importancia es la variedad de tipos y de roles que encontramos dentro del segmento no indio. Saturnino, por ejemplo, es el no muy sorprendente oportunista, el arquetipo familiar del hijo ingrato y traicionero de la comunidad. Pero sus acciones y sus tácticas varían a lo largo de la novela. Es capaz de halagar y lisonjear en algunos momentos, de amenazar en otros; en un punto otorga concesiones y hasta cumple parcialmente con sus promesas, mientras en otros promueve una muy drástica represión. Finalmente, monta una campaña simultánea de concesión de beneficios educacionales, a la vez que prosigue con la represión económica. El resultado, en este caso como en otros, es ver por lo menos *los papeles* de varios personajes, ya que no sus personalidades, como dotados de una

complejidad que trasciende el estereotipo. Una cualidad similar resulta de las actitudes contrastantes hacia el otomí observadas en los tres personajes mestizos: don Remigio, el tendero; Felipe Rendón, el mayordomo de la hacienda; y Joaquín Rodríguez, el profesor. El primero siente simpatía hacia los otomís, lo que se evidencia a través de serios remordimientos de conciencia. Su compostura es la del pequeño burgués, tanto para enriquecerse como en la minimización que hace del sufrimiento; el segundo es la figura convencional del jefe perverso, cruel y esclavizante; y el tercero, la del sujeto idealista quien, a un nivel personal, llega a identificarse con la pobreza de los indios. Por otro lado, en su papel de mediador dentro de la realidad de un sistema corrupto, su idealismo resulta ser, a lo más, ambivalente en sus resultados.

Resultan tal vez dos consecuencias ideológicas principales que vienen del desarrollo por parte del autor de una mayor variedad de tipos de personajes. Un resultado es situar el dilema del indio en términos de sus interrelaciones con la sociedad global. El otro, es tornar más complejos los factores causales que sostienen la estructura narrativa de argumento, personaje y escenario.

Estas consecuencias ideológicas conllevan contradicciones. Primero, el papel del indio, aunque no es pasivo, tampoco es activo. Tiende a ser reactivo y defensivo. No sólo son inadecuados sus recursos materiales para oponerse a la opresión; tal como los caracteriza Magdaleno, también carecen de la voluntad y de la capacidad deseables como para analizar sus situación más allá de la necesidad instintiva por la tierra y la comida. Casi nunca aparece evidencia de lo que antropológicamente sabemos que es significativo —las múltiples formas de supervivencia de una cultura oral. Convengamos en que hay destellos positivos, como la insistencia en proteger y educar a los jóvenes, o el heroísmo desinteresado de Bonifacio. Básicamente, sin embargo, los otomís son víctimas de la deshumanización y de la explotación injusta.

Por otro lado, en tres aspectos significativos, la novela es mucho más analítica en su presentación de las complejidades que caracterizan a los tratos de la sociedad dominante con el indio. En primer lugar, continúa la tradición de Mariano Azuela, quien, inmediatamente después de la Revolución, estuvo atento al problema de la movilidad social y de clase. Aquí, Magdaleno muestra las nuevas alianzas de clase forjadas por los descendientes de la familia oligarca de los Fuentes, a fin de retener tanto el poder como la riqueza. Por medio de la asimilación de un mestizo y, a través de él, al entrar en la política urbana con un conjunto cambiado de consignas e imágenes, la familia, y por extensión la clase terrateniente, logra sobrevivir a la Revolución.

En segundo lugar, la novela destruye la noción de que la condición de los indios es análoga al feudalismo. Al mostrar que incluso en momentos de máxima opresión los indios reciben salarios y que se guardan reservas de dinero en la tienda, la novela en vez de caer en una indignación moral generalizada propone un análisis de las motivaciones económicas. Además, muestra igualmente Magdaleno cómo una variedad de proyectos, tales como la explotación de la tierra, la modernización de las técnicas agrícolas, la rotación de los cultivos,

la construcciones de presas y asimismo el inversionismo especulativo, son, todos sin excepción, dependientes del suministro ininterrumpido de mano de obra india barata. Como consecuencia, vemos que una comunidad aparentemente marginalizada y aislada, es, de hecho, el fundamento de estructuras económicas y políticas neocapitalistas, las cuales, bajo el amparo de la retórica nacional, están siendo construidas inmediatamente después de la Revolución.

Las nociones de retraso, de aislamiento del mercado, de dos Méxicos —uno feudal, otro moderno—, que encontramos en escritores contemporáneos como Octavio Paz, son implícitamente contradichas en virtud de la interpenetración que Magdaleno advierte, al revelarnos las relaciones simbióticas que operan entre las comunidades rurales y urbanas, entre las culturas indias y mestizas, entre una clase campesina y otra burguesa.

Hay un tercer aspecto del sistema causal de la novela que también trasciende el mero estereotipo. Pueden verse los comienzos de un análisis sistemático en la manera en que Magdaleno muestra, en la relación asimétrica entre los otomís y la sociedad dominante, los papeles interdependientes de varias instituciones sociales. Vinculados con el tratamiento del asunto central de la novela —el acceso a la tierra—, están una serie de factores institucionales económicos: el tendero, sanguijela y pequeño burgués, y su sistema de crédito; el acceso al crédito bancario que le permite a Saturnino recuperar la hacienda y dar principio a su plan de renovación. Las instituciones políticas están controladas por Saturnino, lo que le permite orientar los esfuerzos del estado hacia su proyecto (el plan para una presa que ha de aumentar el suministro de agua y la misma construcción de un camino hacia ella). Además, es a través de su papel en cuanto candidato político como Saturnino se las ingenia para controlar a los indios, en virtud de sugestivas promesas e induciéndolos a aceptar deudas y duras condiciones salariales. Es clara la función del ejército como sofocador de insurrecciones y acometedor de despiadadas represalias, al igual que el papel de la iglesia como mediadora y moderadora, siempre dirigiéndose a los síntomas, nunca a las causas. Por último, también se revela la naturaleza paliativa de la educación, introducida a manera de consolación y como forma de “tolerancia represiva”. Cumple con la función de diferir los esfuerzos, desde un presente concreto a un futuro indefinido, proporcionándonos así una mayor evidencia de cómo, bajo un régimen “revolucionario”, se manipula a las instituciones para impedir el cambio.

Pero lo interesante aquí no es simplemente este tipo de análisis institucional, puesto que algunos, si bien no todos, de los mismos elementos pueden ser identificados en *El indio*, *La rebelión de los colgados*, o en la novela indigenista arquetípica y plagada de lugares comunes, como es en efecto *Huasipungo*, publicada justamente tres años antes en Ecuador y sumamente leída en diversos países latinoamericanos. El hecho es que hay tanta sutileza como contradicción en la manera en que funcionan los representantes institucionales, a la vez que una visión literaria penetrante de la metodología de la opresión. Así, se ve que varios personajes se sienten culpables o tienen dudas, o que captan sus papeles como contradictorios. El sacerdote, por ejemplo, abandona el pueblo derrotado y desilusionado.

nado, prefigurando la caracterización simpatizante del cura frustrado en *Al filo del agua*, de Yáñez. El tendero, don Melquiades, constantemente oscila entre la codicia y auténticos remordimientos de conciencia que arrancan de su proximidad con el sufrimiento diario de individuos a quienes él conoce de cerca. Y el joven profesor, enviado allí como un gesto de apaciguamiento luego del castigo que se da al pueblo, se debate entre dos alternativas terribles: o dejar que los niños se revuelquen en la miseria, o bien educarlos, a sabiendas de que el beneficiario, con toda certeza, ha de ser el dueño de la hacienda. Un pasaje estructurado a base de monólogo interior indirecto, revela su propia conciencia de la contradicción, en términos que resultan por lo demás sorprendentemente modernos, en virtud de su angustia individual y de la ineficacia del esfuerzo aislado:

¿Todo lo que con tanta devoción se había echado a cuestras realizar sería, a fin de cuentas, efectivamente inútil, porque redundaría en un mero acrecentamiento de las utilidades de la finca? ¿No había, pues, esperanza de que las indias fueran un día dueñas de su destino? ¿No tenía remedio esta tierra terrible en que las criaturas parecían condenadas a conjugar un sino aciago? Se respondió, transido de ansiedad, a media voz:

— ¡Todo esto es perder el tiempo!

Se asustó del dicho y volvió a ver a los alumnos. Se le rebelaba el alma de piedad y de una fiera decisión: poner a este grupo de muchachos en condiciones de ser dueños, un día de la Brisa, de Paso de Toros, de todas las sementeras del Estado, de todas las fuentes de riqueza de México. La misma voz, en un claro de esperanza, ultimó:

— ¡Todo es preferible a esto! (p. 280).

Además, al mismo tiempo que hay figuras como las del oportunista ideólogo político, Pedroza, cuyas personalidades son puros estereotipos, el autor evita el esquematismo al mostrarnos la variedad de métodos usados para oprimir a los indios. Un ejemplo es la alternancia entre el halago y las promesas, por un lado, y las varias formas de coerción, por el otro. Similarmente, la función del sacerdote estaba encaminada a frenar las peleas fraticidas entre el pueblo y la comunidad india adyacente, pero no para resolver la contienda básica. Los pueblos, en efecto, fueron mantenidos divididos. Y la usura mezquina pero simpatizante practicada por Melquiades, venía a servir como una manera suave de cautelar el suministro de mano de obra india, al responder parcialmente a su necesidad tanto de comida como de esperanza. Este método era alternado con la brutalidad y la mano dura del supervisor, cuando era de primera necesidad el disponer de breves pero concentrados esfuerzos de trabajo. Una vez que esta táctica extrema ya no servía, llevaron al maestro de escuela como una nueva forma de concesión aparente. Mientras tanto, en el trasfondo de la novela advertimos el corrosivo y penetrante efecto de la corrupción, desde la obtención mezquina de “pulque”, por obra del cual los sentidos de los aldeanos son amortiguados, hasta la violación, a gran escala, del programa de reforma agraria de la Revolución.

Como sería de esperar, las contradicciones ideológicas más profundas de *El resplandor* son muy diferentes de las de *Tomochic*, de Heriberto Frías. Mientras

la acometividad implícita de éste involucraba la necesidad de ir civilizando al indio bárbaro a través de su integración en un estado modernizante, la posición de Magdaleno es la de prestarle ayuda a un indio desafortunado y miserable, incorporándolo a un estado reformista y potencialmente benévolo. Si Frías no llevó a cabo un cuestionamiento más profundo del porfirismo, Magdaleno sí llegó a desafiar la práctica, aunque no la teoría del cardenismo. Como Frías, quien estaba indirectamente en favor de algún tipo de solución asimilacionista, Magdaleno también parecía finalmente inferir alguna variante de la integración benigna del indio. Por otro lado, Magdaleno insiste literariamente en el significado del proceso histórico, en la individualización del personaje y en la complejidad social tanto del individuo como de las instituciones. Y, el análisis penetrantemente crítico del cuadro social, con sus resonancias anticapitalistas que reflejan los conceptos del ala izquierda del cardenismo, sugiere al menos que el estado paternal en el que habría de ser supuestamente integrado el indio, tendría que corregirse mucho, tanto en su carácter como en su estructura, con respecto al estado corrupto y opresivo conocido por los mexicanos en el momento de génesis de la novela.

Las contradicciones en la forma —por un lado, omnisciencia y control narrativo excesivos; por el otro, complejidad de la estructura, innovación en la caracterización, conciencia de ambientes sociales e históricos más amplios y analíticamente desarrollados— son, en algunos aspectos, análogos a las contradicciones en la significación ideológica de *El resplandor*. En su paternalismo, pone de manifiesto una disposición no revolucionaria hacia la adaptación al cardenismo. Sin embargo, es incuestionable su valor al constituir tanto una ampliación de los parámetros de la novela mexicana, como al sugerir que el progreso del indio debe ser visto en términos económicos y por lo tanto de manera inseparable del progreso social y del cambio estructural operados en el seno de la sociedad mexicana toda. En este sentido, *El resplandor* es una novela que, indirectamente, desafiaba el *status quo* del reformismo.

III

Los comentarios finales tienen que ser necesariamente tanto modestos como hipotéticos. Lo que se ha hecho más arriba no da las bases para una generalización. A lo más, nuestro propósito se redujo al examen con algún detalle de tres novelas escogidas arbitrariamente, procurando develar sus contradicciones y conexiones en términos de forma, empuje crítico ideológico, y de respuesta a la dinámica histórica. Sin embargo, creemos que bien vale la pena bosquejar algunas observaciones de conjunto, aunque sólo sea porque cada una de estas obras revisita una importancia principalísima en su propio período.

Visto desde la perspectiva del proceso histórico global mexicano, las tres novelas responden a momentos claves del surgimiento y desarrollo de una clase

media —una burguesía incubada en los marcos de lo que se ha dado en llamar el capitalismo dependiente. A medida que esta clase media ha ido evolucionando, primero bajo Porfirio Díaz, después dentro del fervor populista y nacionalista de la era de Cárdenas, finalmente al amparo del impulso post-revolucionario de Miguel Alemán, fue proyectando diversas visiones de sí misma, de su rol nacional y, claro está, de su captación del indio. En todo momento ha sido paternalista, aunque es efectivo que el cardenismo desarrolló un acercamiento más elaborado, hasta benevolente y de buenas intenciones, en relación al indio. Pero en ningún momento (qué duda cabe) se consideraron las nociones de una genuina autodeterminación ni se buscaron voces indias auténticas para ser escuchadas. Contra este trasfondo, cada una de las novelas ha venido a jugar papeles tanto literarios como intelectuales diferentes. Cada vez más, han servido para descubrir las debilidades y las contradicciones de la sociedad mexicana contemporánea.

Concordamos por cierto en el hecho de que la novela se halla situada dentro de un sistema cultural global que involucra la producción, la venta y el consumo. Este sistema tiende objetivamente a controlar la dirección de la novela, adaptándola a las necesidades de los grupúsculos sociales en el poder. Igualmente convenimos en que la mayor parte de las novelas mexicanas han sido en verdad limitadas, que la literatura, como ha mostrado Carlos Monsiváis en varios de sus trabajos ha tendido a ser una portadora de los prejuicios sexistas y de clase alta así como una forma de sentimiento nacionalista cuya función consistía en embotar la conciencia de clase, en favor de un patriotismo vago y al servicio de la burguesía²⁴. Sin embargo, dentro de los parámetros de estas afirmaciones existen diferenciaciones críticas entre una y otra novela.

Tomochic, por ejemplo, servía indudablemente para autentificar los valores porfiristas, aun mientras asestaba una crítica eficaz a las tácticas del General. En este respecto sí dio expresión a los pormenores, aunque de una manera parcialmente justificadora, de un equivalente mexicano de Wounded Knee. En efecto, puesto que promovió el modo realista, primero a través del vehículo del periódico (dirigiéndose al lector alfabeto pero no necesariamente aristocrático o altamente educado), y concedía importancia especial a los valores de un gobierno autoritario que se basaba en una moral de mano fuerte, la novela estaba, en verdad, concebida para una clase media naciente. Clase cuyos intereses consistían en lograr la unificación y la modernización de un país joven, el cual ya había sufrido una década de guerras civiles, una invasión extranjera desde Europa, y una derrota costosa y traumática a manos de sus vecinos del norte. Como fue correctamente señalado en la introducción a la edición de 1906, *Tomochic* es una novela ideológicamente nacionalista —pero este nacionalismo implica la destrucción del “barbarismo” y la apertura de las regiones remotas a la moral “civilizante” que emana de la metrópolis. Consecuentemente, el mundo de la novela no proyecta ninguna dimensión futura para el indio.

24. Dos ejemplos (entre muchos otros) son sus artículos: “Clasismo y novela en México”, en: *Cuadernos Políticos*, 1, jul.- sep., 1974; pp. 66-79; y “Soñadora, coqueta y ardiente: Notas sobre sexismo en la literatura mexicana”, *Siempre*, “La cultura en México, suplemento cultural n. 579, 14 de marzo de 1973, pp. II-VII.

El resplandor, escrita y publicada durante el apogeo del cardenismo, responde a una diferente concepción del nacionalismo, antimperialista en naturaleza, populista en la política social, proindio en su retórica y en su proyección de la imagen nacional. Parte de la acometividad crítica de la novela está debilitada por el hecho de que el escenario histórico corresponde a la era de Calles, el antecesor de Cárdenas. Cuando éste asumió la presidencia lo hizo casi en abierta oposición al “jefe máximo”. En este sentido, el lector de los años 1938 o 1939 podía sentirse protegido por la falta aparente de referencia histórica en términos contemporáneos. No obstante la novela, aunque no ofrece ninguna solución programática, basaba su análisis de la situación del indio sobre las controversias y conflictos cuyas estructuras más profundas no fueron encaradas por la política populista de Cárdenas, con su énfasis en la organización de masas y en un indigenismo que en esencia validaba el mestizaje y la asimilación lingüística, en lugar de conceder tierra, poder y autonomía al indio. Una novela en que la circularidad de la estructura y la repetición irónica del argumento implicaban la inutilidad de la cultura y una visión cíclica que no dialéctica de la historia, *El resplandor* contenía simultáneamente aspectos literarios que estaban en conflicto con esta negatividad ideológica. Más allá de eso, era una novela cuya ideología desafiaba los límites del indigenismo oficial, si se considera su intento por medio de capítulos flashback de examinar el pasado, la complejidad con que retrata a personajes y clases sociales —tanto en el sector de otomís dominados como en el de los mestizos dominantes—, y su énfasis en la causalidad socio-económica como más significativa que la inutilidad cultural.

Oficio de tinieblas llega a un público diferente, bajo circunstancias culturales e históricas igualmente diferentes. Hacia 1962, los lectores mexicanos, bastante crecidos en número a causa de factores demográficos así como también al rápido desarrollo de la clase media, habían sido introducidos a las complejidades de la novela moderna post-nacionalista por autores como Yáñez, Rulfo y Fuentes. Hacia esa fecha, entonces, podría esperarse que las novelas fuesen menos encerradas en sí mismas estructuralmente, como ocurre en efecto con *El resplandor*. Ahora, como en *Al filo del agua*, podrían involucrar una mayor ambigüedad. Ahora (¿qué mejor ejemplo que el de *Pedro Páramo*?) tenderían a ser menos arraigadas en la visión lineal simplista de la historia y por eso más orientadas hacia el mito, más simbólicas y más profundamente desesperadas. O, como en el caso de *La muerte de Artemio Cruz*, podrían concentrarse en una experiencia individualizada particular, narrada a través del análisis psicológico y de un sistema causal históricamente basado, y abriendo el texto a especulaciones filosóficas de más grueso calibre, como asimismo a un cuestionamiento más profundo del carácter nacional por medio de una dialéctica entre mito e historia.

El lector, en consecuencia, en virtud de la historia cultural y literaria como igualmente del auto-escudriñamiento y escepticismo acentuados que habían llegado a caracterizar la vida intelectual después del boom de la clase media iniciado por el alemanismo, estaba más preparado para recibir una novela iconoclasta.

Oficio de tinieblas causó reacciones inciertas. Muchos lectores y críticos la entendieron como una vuelta al “realismo socialista” de los años treinta, debido

a que se centraba en el indio, el que para entonces había sido marginalizado de la conciencia nacional y encasillado en los estereotipos del cine y de la comunicación masiva. Otros, más receptivos a la duda existencial, valoraron su cuestionamiento moral, sus implicaciones acerca de las relaciones indio-ladinas, su restrospección histórica y sus esfuerzos por incorporar el mito. Semejante a *El resplandor*, la verdad es que esta novela no logró validar al indio en sus propios términos, pero, considerablemente más que *El resplandor*, implicaba el rechazo amargo de aquella concepción ideológica del indio que la mecánica oficialista se había preocupado de fijar entre los mexicanos.

En términos literarios, cada texto encierra contradicciones tanto formales como ideológicas. No es fácil llegar a evaluaciones normativas concretas luego del análisis que acabamos de hacer. *Tomochic* es sin duda importante dentro de la historia literaria a causa de su contribución al modo realista, pero desde el punto de vista ideológico es esencialmente reaccionaria. *El resplandor* constituye la novela indigenista mejor desarrollada dentro de lo que los historiadores denominan la "novela de la Revolución". Es claramente superior, formal e ideológicamente, a *El indio* de López y Fuentes, la cual recibió un reconocimiento crítico mayor y un éxito comercial igualmente más considerable. Aunque representaba un riesgo limitado, sí en efecto desafió desde la izquierda el cardenismo oficial. Finalmente, *Oficio de tinieblas*, un texto menos unificado formalmente, no logró romper del todo con la largamente vigente tradición del paternalismo, como es patente en su sentido de la ineficacia y pesimismo culturales. Pero su desafío de la mistificación ideológica y la profundidad de su cuestionamiento crítico de la historia, sólo fueron igualados unos ocho años más tarde, después de Tlatelolco, por la obra polémica de antropólogos progresistas²⁵.

Significativamente, en ninguno de los tres casos si situáramos las novelas en el conjunto global de sus respectivas producciones literarias, podría favorecerse la evaluación. Ya que en cada circunstancia, luego de escrita la obra respectiva, el papel de cada cual tendió a trazar una especie de curva involucionista, a ser menos desafiante, menos cuestionador y más acomodaticio.

Parece apropiado cerrar este estudio refiriéndonos no a los posibles hallazgos sino a los problemas que quedan abiertos y que demandan un trabajo futuro. Una línea de insospechables beneficios sería la de emprender un trabajo comparativo entre las ficciones estadounidenses y mexicanas que versan sobre temas indios. La obra de Roy Harvey Pearce queda como un punto de partida en la historia cultural norteamericana²⁶. Pero no parecería haber, en lo que concierne a su aplicabilidad a los Estados Unidos, ningún cuerpo de obra crítica que satisficiera las preguntas por nosotros formuladas. De hecho, la mayoría de las investiga-

25. Ver los ensayos de Warman, Bonfil y Nolasco citados en la nota cuatro, así también como la polémica y discusiones mencionadas allí mismo.

26. Roy Harvey Pearce: *Savagism and Civilization: A Study of the Indian and the American Mind*, 2a. ed. revisada. Baltimore, Johns Hopkins University, 1965.

ciones norteamericanas en este campo representan una variante u otra del nacionalismo o caracteriología americana, o, si no, están contenidas dentro del cuadro del relativismo cultural.

Un segundo problema que queda por explorar es cómo establecer un continuum que podría tratar, dentro de su enfoque crítico, narraciones que incluyeran la literatura oral y popular. Una tercera área problemática tiene que ver con el estudio de la narrativa producida por los propios indios. El movimiento en esta dirección empezó en México con la obra de Ricardo Pozas, pero bien puede ser acrecentado al entender las conexiones entre las manifestaciones culturales de diferentes formas y de diferentes clases. Con respecto a esto, sí existe en los Estados Unidos una variedad de textos creados por indios, tanto en versiones publicadas como grabadas.

Finalmente, una tarea todavía por emprender es el examen crítico del papel de la investigación estadounidense que trata de la población india de México, sea en el caso del estudio o práctica antropológica, o en el campo de la crítica literaria. En esta área, por ejemplo, el problema que muy bien se podría explorar es el grado en que las metodologías críticas que emanan de los Estados Unidos —v. gr. el formalismo o la crítica mítica—, han influido las aproximaciones y evaluaciones de los críticos literarios e historiadores de la literatura, tanto mexicanos como extranjeros. Yo me atrevería a declarar, sin la menor vacilación, que muchas otras contradicciones ideológicas serán reveladas con semejantes estudios.